

RETRATO

Jaume Centelles, maestro en la escuela Sant Josep-El Pi. El pequeño gran Jaume se jubila

Empieza Saint Exupéry su –nuestro– Principito disculpándose por dedicar la obra a una persona mayor. Se excusa y dedica el libro al niño que aquella persona fue. Hablar de Jaume Centelles, de 60 años, sin esbozar una sonrisa es materialmente imposible, y lo afirmamos basándonos en evidencias científicas y estadísticas.

Hace más de 50 años, muy probablemente en pantalones cortos y en blanco y negro, Jaume Centelles fue a la escuela Sant Josep-El Pi. Nadie sabe con exactitud qué debió ocurrir aquellos años allí dentro, y tampoco qué aprendió el pequeño Jaume en la escuela. El caso es que aquel niño se ha convertido en un Maestro, así, en mayúsculas. Es un referente para muchos de nosotros, especialmente cuando hablamos de lectura y animación lectora: «Si allí donde estás haces lo mejor que sabes hacer, tu entorno se convierte en un ambiente rico».

Ha dedicado su vida a la educación, con un entusiasmo y una entrega que saben muy bien quienes le conocen o quienes han podido verle en acción: «Aquí venimos a hacer algo que valga la pena, ¿ver-

dad? Cada mañana me encuentro 25 pares de ojos que me recuerdan que, como maestro, tengo un compromiso, y que toca remangarse y ponerse a trabajar». Pero no habla en clave de sacrificio, sino de actitud de vida: «Lo que quiero es que los niños y las niñas salgan de aquí y sepan cómo vivir plenamente sus vidas». En este sentido, no hay que preocuparse, han tenido un Maestro que les ha mostrado cómo hacerlo de manera auténtica.

«He sido feliz en la escuela. Hemos tenido momentos alegres, y momentos amargos. Recuerdo los increíbles años ochenta: fueron un festival pedagógico; estaban llenos de fuerza, de ganas de cambiar, de impulso, de relación entre maestros. De aprender, y aprender...». Jaume Centelles parece no tener nunca suficiente: «Tengo los ojos en todo el mundo. He aprendido mucho de algunas teorías americanas, o de prácticas que se llevan a cabo en Australia, o de movimientos que vienen de Italia... y también de algunas personas con las que he trabajado aquí».

Conserva una vitalidad y una entrega propias de la infancia. Allí por donde

pasa, toca corazones. Probablemente porque él también pone el corazón, el alma, la piel. Los que nos quedamos en el aula te debemos millones de sonrisas, millones de cuentos. El ejemplo impagable de una vida dedicada a la educación, y a hacer de la lectura un crecimiento constante. Al hacer esta entrevista, sabemos que está sentado en la biblioteca. Dice: «Ahora está desordenada, hay que poner orden». Hay un silencio. Y añade: «Se está tan bien, aquí...».

Coincidiendo con la jubilación, nos explica que está a punto de ser abuelo: «Me hace mucha ilusión, tengo ganas de hacer de abuelo». Qué suerte para esta niña caer de tanto en tanto en manos de alguien que está enganchado a la vida con tanta fuerza, y que sabe muy bien qué quiere decir acompañar y cuidar al niño que siempre vivirá en cada uno de nosotros. Como decía Saint Exupéry al acabar su –nuestro– Principito: ninguna persona mayor entenderá nunca que esto sea tan importante.

■ Eva Martínez Pardo

